

Ponencia

Historia, evolución y desarrollo de la Revista de la Facultad de Farmacia

Gil Otaiza, Ricardo

Departamento de Farmacognosia y Medicamentos Orgánicos. Cátedra de Farmacognosia. Facultad de Farmacia y Bioanálisis. Universidad de Los Andes.

En el año 1558 las autoridades del Nuevo Reino de Granada, específicamente del Cabildo de Pamplona, otorgan permiso al capitán Juan Rodríguez Suárez para organizar una expedición para buscar minas y metales preciosos. De inmediato, emprende su odisea partiendo desde los valles de Cúcuta con 70 hombres y después de mucho andar se topa con el valle del Mocotíes. Luego de enfrentamientos con los naturales de la localidad, que hoy llamamos Bailadores, y más adelante con los que habitaban las orillas del río Chama, llega a un caserío indígena llamado *Jamuén*, después *La Guazábara*, luego *El Realejo*, que corresponde a lo que hoy conocemos como San Juan de Lagunillas. Fue allí donde el capitán Rodríguez Suárez efectuó la primera fundación de una ciudad a la que llamó Mérida, en recuerdo de la Mérida de Extremadura de España, su ciudad natal. El Capitán nombró Ayuntamiento, “trazó la Plaza Mayor, repartió tierras e indios entre sus compañeros y levantó una horca como símbolo de la Real Justicia” (Chalbaud, 1997). Ese hecho ocurrió el 9 de octubre de 1558, aunque fue -según Rodríguez, 1996- el 14 de octubre de ese mismo año cuando el Conquistador de la Sierra Nevada escribió una carta a las autoridades para “justificar” la fundación, que de hecho le estaba prohibida.

Pocos días después de este primer intento, el Capitán decide trasladar su Mérida varias leguas arriba (4 exactamente); decisión motivada entre otras razones a las inclemencias del tiempo, a la plaga y a los constantes acechos de los nativos de la zona. Halla entonces el 1 de noviembre de ese mismo año una hermosa meseta llana, rodeada de 3 ríos, que corresponde exactamente al sitio que hoy conocemos como Santiago de la Punta o la Parroquia.

Aunque la tradición sólo haya registrado el nombre de Juan Rodríguez Suárez, como fundador de la ciudad de Mérida, en los orígenes de esta bella comarca fueron tres los hombres que firmaron y sellaron su partida de nacimiento. El segundo de ellos lo nombraban el capitán Juan de Maldonado, originario de la provincia de Ávila, al que la historia revela como a un acérrimo enemigo de Juan Rodríguez Suárez, y fue a quien el Ayuntamiento

de Pamplona designó con poderes plenipotenciarios para elevar la queja ante la Real Audiencia de Santa Fe de Bogotá e iniciar un juicio contra aquél por fundar pueblos. Amén de las quejas que llegaban de manera constante a las autoridades (se dice que formuladas por los mismos compañeros de travesía de Rodríguez Suárez), por el mal trato a los naturales, y que quedara magistralmente registrado en una estupenda novela titulada *La capa roja* de la escritora venezolana Mercedes Franco (1992), que desvela en toda su crudeza y esplendor los hechos que la historia ha ido paulatinamente soslayando con fines inconfesables.

Con 80 hombres y con suficientes armas y animales, parte el capitán Juan de Maldonado desde Santa Fe (aunque recibe refuerzos en Pamplona) dispuesto a acometer la innoble tarea encomendada. En marzo de 1559 llega a estas tierras y se encuentra que su rival había mudado su fundación varias leguas arriba, y prosigue el camino. Poco después llega a Santiago de la Punta y procede de inmediato a detener al fundador. Se dice que Juan Rodríguez Suárez lo recibió sin oponer resistencia con la esperanza de dejar sentada posteriormente su inocencia, y se deja trasladar a Santa Fe. Juan de Maldonado echa para atrás todo lo adelantado por su enemigo y le encomienda a su teniente, Martín López (a la sazón el tercer fundador de Mérida, aunque sólo de hecho), el nuevo traslado del incipiente núcleo urbano varias leguas arriba, mientras que él exploraba los alrededores. El Teniente halla la meseta de Tatuy, ubicada al pie de la Sierra Nevada, y allí decide fundar a la nueva ciudad que denominó San Juan de las Nieves, sitio actual donde se asienta la ciudad de Mérida. En septiembre del mismo año Juan de Maldonado a su regreso le cambia el nombre por el de Santiago de los Caballeros.

Con el tiempo la población fusionó ambas denominaciones, Santiago de los Caballeros de Mérida, prevaleciendo sólo la última de ellas, en recuerdo del capitán de la capa roja, cuyo destino no podía ser más trágico. En marzo de 1560 en Santa Fe de Bogotá, fue condenado a ser arrastrado por la cola de un caballo hasta su muerte y luego a ser descuartizado. Cosas que

no ocurrieron, porque fue ayudado por un fraile (Juan Carlos de los Barrios) y milagrosamente logra escapar de su trágico destino, refugiándose en Trujillo, recién fundada, y allí es ayudado por su coetáneo y amigo Diego García de Paredes.

Todo lo que ocurre en su vida es materia ideal para una gran novela, tiene tres hijos con una india, se pone a las órdenes de Don Pablo Collado, a la sazón Gobernador de Venezuela, y combate a Guaicaipuro. Pierde a sus tres hijos en una emboscada perpetrada por los nativos. Después de muchas peripecias se adentra en lo que hoy conocemos como Santiago de León de Caracas (Catia, probablemente) y funda el 1 de agosto de 1561 la villa de San Francisco, en el mismo lugar donde antes Francisco Fajardo erigiera el hato de San Francisco, nombrando alcaldes y regidores. Seis años después Diego de Losada funda en fecha aún desconocida (unos dicen que fue el 25 de julio de ese año por ser el día de Santiago apóstol) a Santiago de León de Caracas. Es decir, el fundador de Mérida es también precursor de la fundación de la capital de la república, y hoy en día se discute si dar a estos asentamientos previos por parte de Francisco Fajardo y de Rodríguez Suárez, el carácter de partida de nacimiento a la que a la postre vendría a ser la más importante ciudad de Venezuela.

Cuatrocientos años después, en el seno de una pequeña Facultad, cuya fundación -como veremos de inmediato- sufrió también las vicisitudes de la ciudad donde se asentara, nació la *Revista de la Facultad de Farmacia* de la Universidad de Los Andes. Es más, nace su primer número “dedicado al año cuarto centenario de la fundación de Mérida”. Con respecto a la fundación de nuestra Facultad nos dice el *Acta de Instalación* lo siguiente: “En vista del Decreto Legislativo del 30 de Junio de 1894 y con asistencia de los Srs. Rector y Vice-Rector Secretario se reunieron en el Salón de la Universidad, el 24 de octubre último, los Farmaceutas existentes en la ciudad Doctores Ramón Parra Picón y Adolfo Briceño Picón y Srs. Pedro G. H. Bourgoín y Enrique Colmener: examinados sus títulos y encontrados conformes se procedió a la elección de los funcionarios, resultando nombrados como Presidente, Vice y Secretario, los Drs. Briceño y Parra y Sr. Bourgoín respectivamente. Quedó así instalada dicha Facultad” (Masini, 1982).

La Facultad de Farmacia (y también la de Medicina) fue clausurada por el gobierno de Cipriano Castro en 1905. El 5 de julio de 1918 la Escuela de Farmacia fue reabierta, esta vez adscrita al rectorado, gracias a los oficios del entonces Rector, Dr. Diego Carbonel, quien formó parte de su planta profesoral en el área de Mineralogía Aplicada a la Farmacia. Ello fue posible

gracias a la Resolución dictada por el Ministerio de Instrucción Pública el 1 de abril del mismo año.

El 11 de febrero de 1942, en el breve rectorado del Dr. Gabriel Picón Febres, hijo, eminente médico, diplomático, escritor, político e historiador, se instaló de nuevo la Facultad de Farmacia. Correspondiéndole a este mismo Rector la instalación de la Facultad de Odontología el 9 de junio del mismo año.

Varias fueron desde entonces las sedes físicas de Farmacia: el edificio de rectorado, la vieja casona ubicada en la calle 24 Rangel (desde 1948 al 1954), los galpones ubicados en la avenida Don Tulio Febres Cordero con avenida 4, hasta llegar a la actual sede ubicada en Campo de Oro, la cual fue inaugurada del 12 al 18 de noviembre de 1967; suceso que coincidió con la celebración del XXV aniversario de la Reinstalación de la Facultad de Farmacia (11 de febrero de 1942) y con el 73 Aniversario de la Instalación de la Facultad (24 de octubre de 1894); todo ello durante el rectorado del Dr. Pedro Rincón Gutiérrez y del último período decanal del Dr. Hildebrando Rodríguez.

En 1958 los sucesos políticos que envuelven a la nación venezolana, que entra de lleno a vivir el período democrático más largo de su historia, a la caída de la dictadura de Marcos Pérez Jiménez, tienen incidencia relevante en el seno de la Universidad de Los Andes. El entonces Rector, Dr. Joaquín Mármol Luzardo trujillano de origen, doctor en Ciencias Médicas por la Universidad Central de Venezuela, profesor de Ciencias Morfológicas, Patología y Clínicas Quirúrgicas de las Facultades de Medicina y Odontología, y miembro del Servicio de Cirugía del Hospital Los Andes-, es:

Separado forzosamente del rectorado en enero de 1958, al ocurrir el derrocamiento de la dictadura del Gral. Marcos Pérez Jiménez, será apartado también del hospital y de su cátedra, en medio de situaciones que no se distinguieron ni por la hidalguía ni por la justicia, donde las pasiones ahogaron la imparcialidad y ofuscaron la razón. Vinieron la persecución política, las acusaciones oprobiosas, la condena sin juicio signada por la arbitrariedad, la envidia y la venganza, para expulsarlo de la universidad que había contribuido a edificar, sin que se le pudiera comprobar ningún delito y con notables perjuicios morales, familiares y económicos para su persona. (...)

Veinte años más tarde, la misma autoridad universitaria que lo había sentenciado a juicio, hubo de abrirle solemnemente las puertas del Instituto para sentarlo en el solio que por derecho le correspondía y colocar su retrato al óleo en el Paraninfo (Chalbaud, 2003, p. 141).

En febrero de ese mismo año (1958) fue designado el Dr. Pedro Rincón Gutiérrez Rector de la Universidad de Los Andes. A partir de 1959 el claustro lo reeligió consecutivamente hasta 1972. En 1976 fue electo otra vez hasta 1980. En 1984 fue elegido para ocupar el cargo de Rector hasta 1988. Durante el primer año, de los muchos que tendría para regir los destinos de la ULA, el recordado Dr. Pedro Rincón Gutiérrez (Perucho), nació la *Revista de la Facultad de Farmacia*, siendo decano el Dr. Jesús Moreno Rangel; los doctores Ismael Valero Balza y Carlos Salas, directores de las escuelas de Farmacia y Bioanálisis respectivamente, y el Dr. Kart Seelkopf, Director del Instituto de Investigación Química, denominación cambiada posteriormente a la de Instituto de Investigaciones. El primer Comité Directivo y de Redacción de la Revista, que vendría a ser equivalente a un Comité Editor, estuvo integrado por los doctores: Hernán Hernández R., Gustavo Ramírez Corredor y Antonio Rojas.

En las Líneas Editoriales tituladas: *Ofrenda y superación*, cuya autoría se desconoce, pero que bien podría corresponder a algunos de los miembros del Comité Directivo y de Redacción ya citados, o a alguno de los integrantes del Consejo Asesor, doctores: Carlos Salas, Ezio Valeri o el Lab. Clín. Jesús Gallardo, se nos dice:

Al hacer formal entrega del primer número de la Revista de la Facultad de Farmacia a la muy noble y distinguida ciudad de Santiago de Los Caballeros de Mérida, cuatro veces centenaria, como tributo excepcional en el inclito día de su mayorazgo de edad, a más de ver cumplida una de nuestras más caras aspiraciones en cuanto a la publicación propiamente, pensamos que es también justo que experimentemos en esta vieja Casa Universitaria de la Farmacia Merideña, algo más que júbilo y satisfacción, al poderle ofrecer a la ciudad natal, al pie de su majestuosa Sierra esta ofrenda de estudio y superación en la fecha cuatricentenaria de su natividad (Revista de la Facultad de Farmacia, 1958).

Si nos atenemos a ello, estaríamos hablando, entonces, de que el 50 aniversario de la Revista de la Facultad de Farmacia se cumple exactamente el día de la fundación de la ciudad de Mérida, es decir, el 9 de octubre de 2008, cuestión que se corrobora al leer en el primer volumen que la edición corresponde al trimestre Octubre-Noviembre-Diciembre del año 58. Por cuestiones técnicas, propias de la edición, suponemos que los volúmenes salieron de la imprenta mucho antes de la fecha aniversaria, sólo que su presentación formal ante la comunidad universitaria

y la merideña se hizo coincidir con el cuatricentenario de la ciudad de Mérida.

Es de hacer notar que el tamaño de la Revista (1/16) -así como la carátula- se mantuvo incólume durante 26 ediciones, es decir, hasta 1986, cuando se pasó a 1/8, y la carátula también cambió de rostro. Resulta importante destacar que este año trajo consigo un primer punto de inflexión en el diseño de la Revista, ya que la carátula, que respondía de manera simbólica al bordado en negro y blanco de la alquimia con la ciencia “en torno al ambiente estudioso y universitario de la Ciudad”, en donde catorce círculos a modo de columna sostienen el pico nevado, “y en cada uno de ellos está escrito, en el misterioso idioma de los alquimistas, el antiguo y glorioso pasado del arte y de la ciencia de la farmacia”, pasó a un diseño si se quiere amorfo, íngromo de historia, que de manera dramática dio un giro en el elegante diseño nacido en el 58. El editor de entonces, Dr. David Díaz Miranda, argumenta algunas de las razones que motivaron tan profuso cambio: “Las modificaciones de forma y presentación de la Revista de la Facultad de Farmacia, obedecen a razones de economía. El significativo aumento que ha experimentado la impresión y el franqueo postal, obliga a pasar del formato 1/16 al 1/8. Esta es la tendencia que se observa en la mayoría de las revistas científicas modernas. Además, este tamaño facilita la utilización de las técnicas más avanzadas de impresión, grabado y composición” (Revista de la Facultad de Farmacia, 1986).

Ahora bien, las condiciones de edición hoy no son muy distintas a las de ayer, sólo que en la actualidad existen organismos como el CDCHT (en la ULA) y el FONACIT (en el ámbito nacional) que se empeñan en estandarizar y normalizar las publicaciones periódicas venezolanas, y brindan su permanente apoyo a los editores y a sus equipos.

Es de destacar que en el año 1988 ocurre un suceso curioso en la edición de la Revista. El último de la serie editado en formato “viejo” es el número 26, y fue bajo la dirección del Dr. José Reinoso Fuller. Sin embargo, dos años después aparece un número 26, pero con la denominación de volumen, bajo la dirección del Dr. Díaz Miranda, secuencia que sería respectada *in estricto* por los siguientes editores, hasta el año 2003, cuando por exigencias de los organismos que indexan hubo que volver a la denominación de volumen y a sus respectivos números, tal como se estableció en 1970. Se debe acotar que en este año se partió de manera arbitraria de un volumen VII y sus respectivos números 10 y 11. Pero observamos que el cambio dado durante ese período fue un error de impresión (que continuó mucho después), ya que en la

carátula se señala como volumen VII y dentro se indica como año VII, números 10 y 11, y así sucedió con la siguiente edición: aparece en la carátula volumen VIII, número 12, y adentro aparece inscrito: año VIII, número 12. Lo más curioso ocurre luego, ya que en el supuesto volumen IX, número 13 del año 1972, tal como se indica en la carátula, en su interior aparece sin señalarse el volumen, en su lugar se inscribe el año VII y el número 13, desapareciendo desde entonces la serie identificada como “volúmenes” y quedan las ediciones signadas sólo con sus números.

Independientemente de los errores cometidos a lo largo del tiempo, y de los vacíos dejados durante cortos o largos períodos, ello queda posiblemente como vestigio de “descuido” por parte de editores y de impresores; pero también como muestras fehacientes de las múltiples dificultades que se han tenido que sortear durante estas cinco décadas. Es perentorio, no obstante, destacar la labor de editores (y de sus comités directivos), quienes hicieron posible la prosecución de la Revista y el que hoy podamos celebrar con entusiasmo este 50 aniversario.

En cincuenta años muchos nombres quedaron inscritos en la historia de la Revista. Algunos permanecieron durante bastantes ediciones; otros fueron fugaces. Podríamos señalar -en orden cronológico- a los profesores: Hernán Hernández, Gustavo Ramírez Corredor, Antonio Rojas, Ismael Valero, Fernando Pérez Barré, Alfredo Carabot de Porras, Antonio Van Grieken Molina, Enrique Fábrega, Santiago López-Palacios, José Reinoso Fuller, Douglas Narváez, David Díaz Miranda, Ricardo Gil Otaiza, Laura Calderón González y Beatriz Nieves Blanco. En muchas circunstancias los Editores, Directores y Coordinadores de la Revista, que para el caso es prácticamente lo mismo, estuvieron apoyados por un Comité asesor donde ha habido delegación de tareas. En otras, los editores han estado solos, con muy poco apoyo, llevando con suma dificultad la inmensa carga de sacar con periodicidad un órgano de divulgación, que por definición es vital para la vida académica y científica de nuestra Facultad. En todo caso, la responsabilidad ha sido inmensa y el reto que hemos tenido por delante nos ha robado muchas veces la tranquilidad y el sueño.

En lo personal mi experiencia frente a la Revista ha sido diversa y si se quiere muy compleja. Me incorporé a ella oficialmente a partir del Volumen 33 (año 1997), apoyando la labor que ya venían realizando los profesores José Reinoso Fuller y León Hernández. No obstante, había comenzado a participar como colaborador tras bastidores, realizando pequeñas tareas que me encomendara el Dr. Reinoso, sobre

todo en lo atinente a la redacción y al estilo autoral. Fue sólo a partir del Volumen 34 cuando aparezo como miembro del Comité Editorial que encabezaba el Dr. Reinoso, aunque en los hechos era el profesor León Hernández quien fungía como Editor, por las dificultades de la edad y de la salud del primero. La tarea más ingente que nos planteamos fue la inclusión de la Revista en el Índice de Revistas Venezolanas de Ciencia y Tecnología REVENCYT, que brindó apoyo y asesoría técnica para elevar su nivel. Debo reconocer acá el empeño puesto por el profesor León Hernández para que se alcanzara tan alto objetivo. Podría afirmar que tal paso fue un salto cualitativo decisivo para el crecimiento y desarrollo de nuestra Revista, porque se hizo premonitorio de lo que vendría después: la inclusión de la Revista en el entonces denominado CONICIT, tarea que se veía cuesta arriba.

Como miembros del Comité Editorial nos correspondió la celebración del 40 aniversario; ocasión propicia que quedara modestamente registrada en el Volumen 35 del año 1998. Funcionamos como Comité Editorial hasta el año 1999, cuando las autoridades de la Facultad me designaron Editor de la Revista, quedando solo en tan compleja tarea durante varios años. Me correspondió sacar a la luz pública 7 volúmenes, incluida una edición especial (Vol. 40, año 2000) con motivo del 50 Aniversario de la Escuela de Bioanálisis, I Congreso Internacional de Bioanálisis y I Reunión Latinoamericana de Escuelas de Bioanálisis y Unidades Académicas de Formación de este Profesional. Logré después de muchos esfuerzos incluir a la revista en el Registro de Publicaciones Científicas y Tecnológicas del CONICIT (posteriormente FONACIT), cuya membresía quedó patentizada en el Volumen 42 del año 2001. De igual manera, preparé y alcancé la aprobación del Reglamento para el Arbitraje (publicado en el Vol. 41, año 2001), así como la inclusión de un Índice Acumulado y la creación de un Comité de Arbitraje; todos ellos requerimientos de los organismos tutelares de la Revista. Por otra parte, muchos de los artículos recibidos fueron enviados -gracias a buenos amigos y contactos- a arbitraje con especialistas de otras universidades nacionales y de afuera, y se publicaron varios trabajos de excelencia de investigadores de prestigiosas universidades extranjeras.

Por razones que no vienen al caso recordar, fui separado intempestivamente de la Revista en el año 2002, y en mi lugar fue designada la Dra. Laura Calderón. Cuando inicio mi período como Decano -el primer semestre de ese mismo año- la ratifico en el cargo, y ella prosigue con la labor que yo venía desplegando. Es así como se logra el financiamiento por parte del FONACIT para las tareas de diagramación,

que vendría a significar la segunda fase dentro del difícil proceso impuesto para las publicaciones periódicas por parte del Estado venezolano, a través del citado organismo nacional. Durante el período 2002-2005, que correspondió a mi gestión como Decano, la Revista mejoró sustancialmente y muchas de esas tareas fueron impulsadas a través del apoyo técnico y las asesorías de organismos como el CDCHT de la ULA y Revencyt (hoy adscrito a nuestra universidad, pero que en aquellos tiempos funcionaba en Fundacite).

En el 2005 el nuevo decano, Dr. Pablo Djabayan D., designó a la Dra. Beatriz Nieves Blanco como Coordinadora del Comité Editorial. Ella (con experiencia previa desde los tiempos del Dr. Díaz Miranda) y su equipo de trabajo han hecho esfuerzos importantes para mantener la calidad de la Revista. En tal sentido, se previó la edición con una nueva carátula o presentación, cuyo diseño fue logrado a través del llamado a un concurso del talento universitario. Todo ello -como es lógico pensar- en concordancia con los requerimientos exigidos por nuestra universidad y por el FONACIT.

Mucho se ha hecho a lo largo del tiempo para no dejar morir a la Revista, pero falta aún por hacerse para posicionarla en los primeros lugares del ranking de la ULA y del país. Debemos luchar para preservar su calidad en cuanto al contenido, su aspecto formal y sobre todo en su periodicidad, a objeto de que muy pronto sea clasificada como revista tipo A y nuestros investigadores sientan que tienen en su propia casa el órgano de difusión de sus trabajos científicos, que les permita acceder a los indicadores de producción científica, patentizados en el Programa de Estímulo al Investigador (PEI-ULA) y en el Programa de Promoción al Investigador (PPI).

Afortunadamente, la Revista de la Facultad de Farmacia cuenta con muchas fortalezas, y una de ellas ha sido (y es) la Biblioteca "Dr. Ismael Valero Balza" de la Facultad de Farmacia y Bioanálisis. Doy fe del trabajo desarrollado por su personal y de manera muy particular debo exaltar la labor de Carolina Mora, Asistente de Especialista en Información, quien desde hace más de 10 años ha puesto todo su empeño y pericia profesional para hacer de la Revista de la Facultad de Farmacia un órgano expedito de divulgación del conocimiento científico que se genera en nuestra Facultad, y en la ULA en general. Ha sido Carolina bastión de la labor de los editores y sin su participación -durante esta última década- es difícil que se hubiesen alcanzado los altos objetivos que hoy ostenta la Revista. Puedo afirmar con toda honestidad, que el celo y el cariño puesto por Carolina Mora a la promoción, canje, distribución y cuidado de los ejemplares depositados en la sección de Publicaciones

Periódicas de nuestra biblioteca, han sido factores decisivos para el prestigio y la seriedad que se ha ganado la Revista a lo largo de los últimos tiempos.

Es relevante destacar también el empuje que le ha dado a nuestra Revista la Lic. Mariela Ramírez, de la Comisión de Publicaciones del CDCHT, quien ha asesorado permanentemente a los editores y a sus equipos en torno a las normativas que se deben aplicar para alcanzar elevados niveles de calidad editorial; factor decisivo para el posicionamiento académico y científico de toda publicación periódica que aspire a membresía y reconocimiento en el mundo académico. El trabajo de la Lic. Mariela Ramírez ha posibilitado el ascenso jerárquico de muchas revistas de nuestra universidad y su inclusión en importantes índices científicos. Aspiremos que con su apoyo la Revista de la Facultad de Farmacia llegue a cimas anheladas de calidad y de pertinencia institucional.

Como vemos, los héroes muchas veces son anónimos, pero son ellos quienes les insuflan vitalidad a los proyectos. Gracias a todas estas personas, vivas y muertas, académicas o no, esta celebración junto a nuestra "vieja" y amada Revista, es posible.

Que el sueño de los primeros editores de la Revista de la Facultad de Farmacia, transcrito en el memorable número 1 del año 1958, y que fuera dedicado al cuarto centenario de la fundación de Mérida, no se extinga en el tiempo, porque "Esto y mucho más se merece la altiva ciudad de Santiago de los Caballeros... letrada en los tiempos de la Colonia, cuando trasmontando páramos a lomo de mula, la dotó de valiosa biblioteca un Fray Juan Ramos de Lora"

REFERENCIAS DOCUMENTALES

- [1] Chalbaud, C. (1997). Historia de Mérida. Consejo de Publicaciones de la Universidad de Los Andes. Mérida-Venezuela.
- [2] Fundación Polar. (1997). Diccionario de Historia de Venezuela. Caracas-Venezuela: Autor.
- [3] Masini, R. (1982). Facultad de Farmacia en la Universidad de Los Andes. Breve reseña histórica. Mérida-Venezuela: Autor.
- [5] Revista de la Facultad de Farmacia. Volúmenes: 1 - 48 (2). Universidad de Los Andes. Mérida-Venezuela.
- [6] Rodríguez, C. (1996). Testimonios merideños. Ediciones Solar. Vicerrectorado Académico de la ULA. Mérida-Venezuela.
- [7] Universidad de Los Andes. (2003). Pinceles y pinturas. Galería de retratos del Rectorado. Secretaría y Archivo Histórico N° 2. Colección: La ULA y su historia. Mérida-Venezuela: Autor.